



CASI

RAFAEL SALINAS

ABRIL



# Casi Abril

Rafael Salinas

# 1. Revisión periódica (25 de marzo del 2019)

En mi sueño, mi madre se acercaba tambaleante para ofrecerme una copa vacía. Estaba empapada en sudor y no podía externar ninguna palabra coherentemente, como si las ideas se evaporaran al momento de pasar por su lengua. "Mamá", le decía, "estás hecha un desastre". "No, hijo, esta es mi mejor versión", contestaba ella, mientras acariciaba mi mejilla. Su mirada denotaba una lucidez ausente. Tenía los ojos bien posados en mí, pero comprendía que no me observaban realmente a mí. Cualquiera que fuera el fantasma que se asomaba en su visión, no era su hijo. Mi frente ya estaba retorcida y evitaba devolverle la mirada, deseando desaparecer. Y desaparecí, pero el segundo acto no fue menos incómodo. Me encontraba en un inmenso salón de clases. El aula tenía un aspecto tétrico y carcelero que me recordaba a mis últimos años de la primaria. Mi pupitre era el único que veía hacia los casilleros, ubicados en la parte trasera del salón. Cuando uno de mis compañeros se dio cuenta, comenzó a reírse de mí. Los demás lo siguieron, todos compartían la misma cara y la misma carcajada.

Naturalmente, desperté agitado. Pensé que, de haber tenido menor edad, y de haber ingerido algún líquido antes de dormir, probablemente habría mojado la cama. Ese era el tipo de pesadillas que me aterraban cuando niño. Miré el reloj y me di cuenta de que me quedaban tres horas de sueño, horas que no pensaba aprovechar, dadas las circuns-

tancias. En aquellos casos siempre prefería evitar seguir durmiendo, e invertir mi tiempo en otras actividades. Una taza de café bien cargado y una dosis perfecta de distracciones me ayudarían a mantenerme despierto durante el resto de la madrugada.

Me quité la cobija de encima y me levanté. Toqué el piso con mis pies y el frío despertó todos mis sentidos. Me gustaba andar descalzo, a cualquier temperatura. Mi abuela solía regañarme por eso —y por mil razones más—, regaños a los que generalmente hacía caso omiso.

Me asomé por la ventana y noté que el gran poste que iluminaba el otro lado de la calle parpadeaba incesantemente. La Condesa, como cualquier otra colonia de la Ciudad, nunca está completamente callada, pero aquella noche era la excepción. El silencio que reinaba la calle me estremeció. Era casi apocalíptico.

Salí de mi habitación. Inmediatamente después del pasillo exterior, me encontré con un gran librero, herencia de mi abuelo. A pesar de que el mueble estaba repleto de libros —clásicos, académicos, modernos, y demás—, me limité a buscar una de mis cajas de Pandora. La respuesta perfecta para vencer el sueño. Saqué una delgada libreta que sobresalía entre dos enciclopedias Britannica, tomos cuatro y diecisiete —desconozco el destino del resto de los tomos, quizá los vendí en algún bazar años atrás. La portada de la libreta era color vino, aparentaba ser un libro viejo, y tenía un garabato descarado hecho con un plumón permanente, además del título *Crónicas de un corazón ardiente*, y mi firma, un débil intento de letra cursiva que trazaba *Sebastián Torres*. Claramente la reconocía. Una mezcla de curiosidad y nostalgia, probablemente propiciada por mi incómoda experiencia onírica, me hicieron tomarla.

Llevé la libreta hasta la sala, donde había un sillón personal designado especialmente para la lectura y el trabajo —o eso solíamos decir. En la parte trasera de la sala se encontraba un mueble largo, en donde mi hermana guardaba bisutería, platos y vasos finos, y encima una elegante cava que sostenía un montón de botellas de distintos alcoholes.

La idea del café quedó desplazada. Como había hecho en otras noches insomnes, preferí optar por un whisky en las rocas para acompañar mi lectura. Tras dejarme caer en el trono, hojeé la libreta y navegué entre distintos títulos, enumerados en romano. Leí por encima algunos de ellos. No eran malos trabajos, pero, como si de la Biblia se tratase, busqué un poema que fuera una auténtica revelación para aquella noche. Escogí el número XII, titulado *Prohibido*.

Entre motivos te has perdido, amigo, buscas un nuevo permiso. Has ennegrecido unos cuantos compromisos y te encuentras en un punto rodeado de occisos. Desconoces las aguas, cómo puedan reaccionar a tus engañosas armas...

No pude continuar. Cerré los ojos con fuerza, presionando mis párpados como queriendo desaparecer aquel objeto, y agradecí para mis adentros que sólo dos personas hubieran visto su contenido. Cerré el depósito de pensamientos con desdén, soltando una risita seca. Casi me avergonzaba estar revisitando esos pasajes abominables. Por un momento pensé que, si Dios existiese, debía estar observándome, curioso y burlón. Un linaje de escritores muertos comentaría en una mesa celestial —o infernal— lo horrorosa que podía llegar a ser la nueva generación. Me arrepentí de abrir ese portal. Había sentido el impulso por hojear aquella libreta inmediatamente después de despertar, pero en ese punto ya había desaparecido. Sin embargo, ¿qué más me quedaba? Dormir me regresaría a un mundo controlado por mi subconsciente. No era mi estado favorito. Conocía los riesgos de la falta de sueño, y aunque solía hacerlo, no me gustaba asumirlo deliberadamente. Bien preferiría tener un ciclo de sueño normal, como aquellas personas que pueden dormir al instante y en las horas adecuadas. Había pasado toda la semana durmiendo menos de dos horas.

“Una noche más, a la chingada”, me dije a mí mismo, dejándome vencer ante el insomnio.

Siempre había regido mi sistema de creencias y decisiones basándome en una serie de pensamientos que rozaban con el nihilismo. En mi vida había estudiado distintas corrientes filosóficas, buscando alguna que se adecuara más a mi constante búsqueda de propósito. De religión nada. Mi familia —lo que queda de ella— siempre fue católica, pero ni siquiera las clases de Catecismo lograron mantenerme dentro de la Iglesia. Prefería refugiarme en los cobijos de los grandes filósofos. Esto a raíz de la pasión que me había transmitido Bernardo Bonilla, mi maestro de la clase de Filosofía en la preparatoria. Un profesor relativamente joven, a quien mis compañeras conocían como *El Bebo* (que, según ellas, era un sobrenombre brillante). El cabrón era atractivo y lo sabía. Es curioso, pero hace un par de años el mismo maestro reapareció inesperadamente en mi vida. Un martes cualquiera leía noticias en mi muro de Facebook, y su nombre saltó en una de las notas digitales del periódico local de Goya: “Reconocido profesor es acusado de violación, más de treinta estudiantes lo señalan como acosador”. Leí la nota. En casi veinte años de carrera, *El Bebo* había acumulado un impresionante historial de acoso sexual. Una de las víctimas era compañera mía, en su momento no le contó a nadie de la insistencia del maestro por meterse entre sus piernas. No me sorprendió, pero me decepcioné. Otro profesor pervertido en el mundo. Lo creía mejor que eso.

La sobreexposición a las corrientes más pesimistas y una cadena de eventos desafortunados me mantuvieron en una constante depresión. Me había planteado la posibilidad del suicidio como un destino justificable. En uno de mis episodios depresivos más graves, ingerí un puñado de barbitúricos que le había robado a mi madre, con la esperanza de no despertar. No fue así. Camila, mi hermana, me encontró, tres horas después. En el hospital nos aseguraron que mi muerte hubiera sido poco probable. El contenido de las pastillas no era suficiente para matarme, ni siquiera para

dejar secuelas. En el peor de los casos, hubiera pasado veintitantas horas dormido, con algunos malestares que seguirían existiendo en los días posteriores. Mi hermana evitaba tocar el tema, solía referirse a aquel día como "el accidente". El único accidente para mí fue haber despertado. Durante semanas, me sentí desdichado por haber fallado, pero eso me convenció de que el suicidio no era una opción para mí. El sufrimiento en vida se había convertido en mi poesía. Además, mi hermana perdía demasiado tiempo cuidando que no volviera a hacerlo. Casi pierde su trabajo. Me sentí peor por ella, así que hice lo posible por convencerla de que no lo volvería a intentar jamás. Prometí llevar terapia. Mi psicóloga era pésima en su profesión, pasé siete meses escuchándola hablar del propósito de mi vida, y me aconsejó que buscara a Dios. "La psicología y la religión no deberían mezclarse", pensaba, mientras escuchaba sus sermones. Me pregunté qué pensarían los demás pacientes de aquello. Quizá me complicaba demasiado, lo más sencillo hubiera sido cambiar de terapeuta, pero me quedé por curiosidad. Llevé la segunda mitad de mi terapia contándole detalles banales. A pesar del disgusto que me producía su método, me gustaba platicar con ella. Cuando me di cuenta de eso, pensé que tal vez su terapia no había sido tan mala después de todo. Yo mismo me di de alta, dejé de asistir a mis sesiones y jamás le di explicaciones. Me buscó por el teléfono durante semanas, pero nunca le regresé la llamada. Meses después, la vi en una tienda de ropa en Lindavista, creí que me había visto también, pero pareció no reconocerme, o fingió no hacerlo. Fue mejor para mí. Regresé al presente, minutos después de haberme quedado inmóvil, con el vaso helado sudando sobre mi mano izquierda y sosteniendo la obscena libreta con la derecha. Mi fantasma personal estaba de vuelta, susurrándome juicios desagradables. "Mírate", me repetía, mientras describía cada uno de los errores que me habían estado atormentando durante las casi tres décadas de mi vida. Casi podía salir de mí mismo para verme en tercera persona. Siempre fui mi más grande crítico. Mis dudas se veían atacadas por aque-

lLa voz tenue, que me recordaba a la de mi difunto padre. Unos minutos después, decidí que era momento para dejar de delirar y buscar otra distracción, eran casi las cuatro de la mañana. Apagué la voz de mi cabeza y me levanté, decidido a seguir luchando con el pasado. El hielo y el alcohol ya se habían mezclado por completo, así que el último trago descendió por mi garganta con un sabor que se asemejaba más al agua de la llave.

Regresé a mi habitación, ahora dirigiéndome al escritorio donde tenía mi computadora. Aquella máquina había resistido el paso de los años mejor que yo. Mi padre la había traído para mi cumpleaños número diez. Habían pasado casi veinte años y seguía corriendo —aunque claro, debimos renovar su hardware no menos de tres veces. La pantalla mostraba la fotografía que conservaba como wallpaper: un único clavo, jorobado y oxidado, que resaltaba sobre una tabla, con un filtro de alto contraste en blanco y negro, y un cielo nublado de fondo. Una foto que yo mismo había tomado años antes y que en algún momento consideré una obra de arte que incluso pude comercializar. Hasta donde sabía, la foto permanecía colgada y enmarcada en al menos unas cuatro casas de mi ciudad natal, otras dos en el norte del país, y en el departamento de Pato, mi compañero de trabajo, quien después de enterarse de su existencia me insistió para que le vendiera una copia. La mantuve en venta durante mucho tiempo en sitios de fotografía. Quizá desde entonces ya habría hecho más ventas, pero dejé de darle seguimiento a las publicaciones, así que nunca lo supe.

Los documentos de la computadora estaban ordenados a la perfección. Crear y organizar carpetas siempre había sido algo que se me daba muy bien. Me propuse a eliminar archivos que no había tocado en años: Fotos, memes, documentos de la universidad, las primeras y fallidas versiones de mi tesis —una mediocre investigación sobre el efecto que tiene la publicidad de la Coca-Cola en el consumidor mexicano—, unos cuantos videos pornográficos que probablemente tenían más edad que mis tres sobrinos. Hasta



que di con una carpeta que me llamó la atención, titulada *Goya 2011-2012*.

Goya antes de Abril.

Dudé por un momento. Estaba a un clic de deshacerme del archivo, pero decidí abrir la carpeta y rescatar alguna buena fotografía. Casi seiscientos fotos en formatos RAW y JPG se desplegaron en el menú. Recordaba algunas de ellas perfectamente. Como cuando Alan y Gisselle, compañeros de la preparatoria, me convencieron de dar un paseo en bicicleta, aunque yo no supiera andar en ella. Una foto de mi rodilla ensangrentada y mis dos acompañantes señalando la herida con una fingida sorpresa era una de las cuantas evidencias. Más y más fotos. Viajes, eventos, selfies con Adriana, mi ex novia, recuerdos con *amigos* que no veía desde la fecha en que fueron tomadas esas imágenes, etcétera. Casi no me reconocía a mí mismo en la pantalla. Aquella colección de sonrisas parecía pertenecer a alguien más.

No me costaba deshacerme de todo eso, básicamente no mantenía contacto con ninguna de esas personas. Sabía que al menos dos de ellas habían muerto y el resto se encontraba repartido en toda la república, así que seleccioné todo mientras arrastraba el mouse y presionaba la tecla *Suprimir...* Seguí explorando las carpetas, había distintas fotos de los primeros eventos que cubrí al trabajar como fotógrafo para el *Grupo Sunset*, cuando ya vivía en la Ciudad. Entré por curiosidad, para ver mis antiguas coberturas. Había conciertos, eventos de caridad, fiestas, activaciones de distintas marcas de alcohol en los antros más reconocidos de las grandes ciudades del país. Me causó gracia y algo de nostalgia. Fueron años divertidos, los últimos en los que realmente me sentí joven. Iba pasando de evento en evento cuando una foto llamó mi atención y... La vi.

Era ella.

Me tallé los ojos. "No seas pendejo, Sebastián", dije en voz baja, pensando en lo cansado que estaba, y en la mala vista que seguramente cualquiera tendría a esas horas de la madrugada. Además, mis emociones siempre habían inter-

ferido con mi percepción. Pero no era el caso; quitando la imposibilidad de por medio, podía jurar que era ella. Con mi corazón latiendo cada vez más rápido, y al borde de un ataque de ansiedad, hice zoom sobre una joven de mirada despreocupada y cabello corto que volteaba directamente hacia la cámara desde el fondo del salón, detrás de un público aclamador y frente a un escenario, sobre el cual una banda *indie* pedía a los asistentes corear sus canciones. El vocalista alzaba el micrófono y le daba voz a la multitud.

Al principio no pude recordar el evento, había poca iluminación y era un salón cohibido. Hice zoom sobre la banda y recordé. "Claro, Bad Places". Mi mente viajó años atrás y di en el blanco, era otra pista. Eché un vistazo a todas las demás fotos marcadas de ese día, pero ninguna me dio el mismo resultado. Era la única foto en la que *ella* aparecía. Me eché para atrás y bajé los brazos, estaba inmóvil frente al monitor y el único sonido perceptible era el del ventilador interno de la computadora, y el ruido que mi pierna derecha causaba gracias al nerviosismo. Pensé que lo mejor sería apagar todo e ir a dormir, y tratar de olvidar lo que seguramente era otro juego de mi dañada mente, pero no lo hice. Bad Places, no podía ser una coincidencia.

Atacado por una sensación parecida a un choque de adrenalina, y moviendo torpemente mis dedos, recuperé el control del mouse y el teclado, y me puse a trabajar. La foto estaba demasiado oscura, así que debía pasarla por un programa de edición profesional. Hice doble clic sobre el acceso directo y comencé con el proceso, aplicando todo lo que sabía.

Tras unos doce minutos buscando el aspecto perfecto, en el que el granulado no sería un problema, exporté el archivo en formato PNG y lo abrí, ahora podía ver con más claridad la imagen.

Definitivamente, era ella.

## 2. Rituales (8 de junio del 2012)

Era viernes. Me levanté temprano, como siempre, y me serví dos platos de cereal hasta el tope. A pesar de que el tiempo me sobraba, no me gustaba desayunar en exceso, a diferencia de toda mi familia. Era bastante delgado, y comentarios como: “Deberías comer más”, “¿Te sientes bien?” y “Estás muy flaco”, nunca faltaban en mi día a día. Paradójicamente, mi padre —como mi abuelo— siempre fue un hombre fornido y de huesos anchos, un policía municipal comprometido con su puesto que murió víctima de un grupo de narcotraficantes. Fue una noticia muy sonada en la comunidad.

Recordaba a mi padre con sentimientos encontrados, sentía que nunca tuve la oportunidad de demostrarle que podía ser un gran hombre. A pesar de que mis creencias ya se alejaban bastante de cualquier religión que considerara que la vida eterna era una garantía, una parte de mí esperaba que mi padre me estuviera cuidando desde algún lugar.

Cuando terminé mis dos platos me quedé quieto, con la mirada vacía sobre la mesa, hasta que mi abuela interrumpió mi trance.

—¿Qué tanto piensas tú?

—Nada. Se me fue la onda.

No tenía idea de cuánto tiempo llevaba ahí.

—Pues agárrala, que ya se te va a cada rato.

Mi abuela posó su mano sobre mi hombro, después la bajó hasta mi espalda alta y presionó con fuerza para acomodar mi postura.

—Y párate derecho. Así te vas a quedar, eh.

—Sí, sí, ya.

Moví mi hombro en protesta, aunque sí corregí mi postura. Preferí retirarme para seguir disfrutando de mi soledad. Lavé mi plato en menos de diez segundos y pasé de largo a mi abuela. Salí de la cocina, rumbo a mi habitación, y vi que mi abuelo estaba arreglando la televisión. Mis abuelos, resistentes a la modernidad, conservaban tres televisores que seguramente pesaban más que yo. Traté de no hacer ruido para que no me escuchara, parecía que no había notado mi presencia.

—Hey, pásame la cinta de aislar.

Mi abuelo se encontraba a cincuenta centímetros de la cinta, pero ni así tuve ganas de discutir su orden.

—Ten.

—A ver si un día de estos te enseño este show para que te pongas a jalar en la casa, eh. No te quiero de huevoncito todas las vacaciones.

—Sí, abuelo.

Estaba harto, y ni siquiera llevaba ahí más de tres meses. Obviamente, no gozaba de una relación ejemplar con mis abuelos. Difícilmente nos entendíamos. Mi abuela llevaba el nombre de Judith Sandoval, provenía de un rancho ganadero de altos ingresos, pero nula comprensión por el mundo exterior. Mente cerrada en general. Mi abuelo se llamaba Pedro Torres. Realmente nunca supe mucho sobre su vida temprana, pero sabía que había trabajado desde los catorce años. Partió a los Estados Unidos para trabajar con uno de sus primos. Le fue bastante bien, a largo plazo. Fue de aquellos que pudieron vivir el Sueño Americano. Desconozco cuánto tiempo vivió del otro lado del Muro, pero fue un buen rato.

Había apreciado más a mis abuelos cuando mis padres estaban juntos, eran mucho más cordiales. Pero el paso de

los años y las diferencias ideológicas que teníamos, además de las constantes tragedias familiares, comenzaron a afectar nuestra relación. Nos tolerábamos hasta cierto punto y me ofrecían un espacio en su casa, como si se lo debieran a su difunto hijo. Era más de lo que podía pedir. Jamás conocí a mis abuelos maternos.

Después de cruzar un largo pasillo, llegué a mi habitación —última puerta a la izquierda—, el camino me había parecido eterno. A pesar de que la casa no era particularmente grande, estaba construida como si fuera un laberinto. El edificio de tres pisos fue ideado por mis bisabuelos a principios del siglo XX, aunque sufrió numerosas pérdidas, y había sido remodelado casi en su totalidad. Seguramente exploré la casa más de quinientas veces, siempre encontraba algo nuevo. Un día, mi primo Raúl me enseñó una puerta secreta ubicada en la antesala, que daba con una especie de sótano. Y no era de sorprender, la mayoría de las casas que fueron construidas antes de la Revolución tenían sótanos o pasadizos. Hay cientos de historias referentes a estas casas y los tesoros ocultos en sus entrañas, sobre todo en el Bajío y la zona centro del país. En lo personal, me fascinaba escuchar tales crónicas, y solía investigar más al respecto. En mis años más tempranos busqué intensivamente, sin éxito, algún secreto digno de película de terror que subyaciera en la casa.

Me encerré en mi habitación y me tumbé sobre la cama. El espacio era modesto, pero lo que más me gustaba era la vista que tenía. Frente a la cama, a unos tres metros, se posaba un ventanal que daba con el balcón, me encontraba en el tercer piso. Desde ahí se podía ver casi toda la ciudad. Me encantaba recostarme, inclinar un par de almohadas, recargar mi cabeza y contemplarlo todo. Mis piernas debían estar extendidas, de otra manera no tendría el mismo efecto; para mí significaba que el mundo estaba a mis pies, incluso literalmente, pues la ciudad de Goya se erguía a más de un kilómetro sobre el nivel del mar.

Me quedé dormido. Tenía una facilidad tremenda para soñar, incluso despierto. Aquel día, mi primer sueño pintaba a

ser placentero: me encontraba en mi antigua casa, mis padres estaban ahí, ambos saludables y aún enamorados. Camila también, incluso lucía más joven. Disfrutábamos de un lujoso banquete, y la comida nunca se acababa. “¿Te gustó, hijo?”, preguntaba mi madre, con una voz tranquila. Asentí, y ella me sonrió. A escasos centímetros de mi mano derecha, había una copa llena de una bebida roja. La acerqué a mi nariz pensando que era vino tinto, pero no percibí ningún olor, era algo más espeso, me recordó a la consistencia del jugo de tomate. Tomé un trago, lentamente y presa del temor. Un intenso sabor a hierro me invadió la boca. Fue desagradable. Me limpié la lengua con una servilleta y busqué un vaso de agua inexistente. Mi padre me seguía con una mirada curiosa, mientras hablaba con mi hermana. Por primera vez en toda la secuencia, posé mi atención sobre el pecho de mi progenitor y descubrí tres agujeros de los cuales emanaban riachuelos de sangre. Mi madre capturaba todo lo que salía de ahí con dos copas, una en cada mano. Al haberlas llenado casi a tope, dejó una de ellas frente a mí. La sangre brotaba con fuerza del pecho de mi padre, ya había manchado una gran parte del mantel blanco que cubría la mesa y un charco comenzaba a extenderse debajo de su silla. A pesar de eso, la imagen feliz de mi familia no había desaparecido, todos sonreían y platicaban, ignorando el desangramiento. No comprendía lo que estaba pasando.

Alguien tocó la puerta más de tres veces y me despertó.

—Sebastián, ahorita que regrese tu abuelo lo ayudas con el mandado. Te estás atento.

—Sí, abuela —respondí, tartamudo y confundido.

Un poco agitado, saqué una libreta del cajón de mi buró y describí mi sueño lo mejor que pude. Escribía con rapidez, pues no era inusual que olvidara sueños completos minutos después de haber despertado. Cuando terminé, lo titulé 173, era la cantidad de sueños escritos en la libreta hasta ese momento. Solía encapsular mis sueños en distintos gé-

neros: alegóricos, banales o realistas, de los cuales se desprendían otras categorías. Los que más me generaban curiosidad eran los alegóricos intrusivos, aquellos siempre cargaban con un significado profundo y usualmente estaban plagados de elementos perturbadores. Precisamente, de esta manera definí a mi sueño 173. Al principio, pensaba adaptar los sueños con mayor potencial narrativo en alguna especie de relato, pero con el paso de los años ese deseo se desvaneció. Continuaba escribiéndolos por costumbre.

Reconocí el ruido que hacía el carro de mi abuelo al estacionarse. Mi abuela volvió a tocar la puerta y alcé la voz para decirle que estaba a punto de bajar. Me quité mi pijama y me puse ropa casual, calzando un par de tenis viejos, y salí de mi habitación. Mi abuela había comenzado a decirme algo, pero crucé el pasillo a toda velocidad, ignorándola. Al bajar al primer piso, vi que mi abuelo ya había abierto la puerta principal y cargaba con cuatro bolsas. Me las entregó sin decir nada ni verme a los ojos, dio media vuelta y salió para cargar más. Mis dedos resentían el peso de las bolsas, casi les cortaban la circulación. Mientras subía las escaleras, pensaba en la eficiente resistencia del plástico. Dejé las bolsas sobre la mesa de la cocina y mi abuelo, quien llegó cinco segundos después, las hizo aparte para dejar otras cinco.

—Son todas —me dijo.

—Ok.

Me disponía a abandonar la cocina cuando mi abuelo se despejó la garganta dos veces. Supe que estaba a punto de decir algo y me quedé un momento más, esperando.

—Hoy vienen a comer Eduardo Romo y su esposa, ¿te acuerdas de ellos?

—La verdad no.

—Son dueños de La Balada, del Hotel Santa María, Transportes Romo y... Bueno, casi media ciudad, son muy amigos de tus papás. O eran.

—Ah, muy bien —no podía fingir el mínimo interés.